

sías primeras. Por eso este libro, en que reuno mis últimos escritos de amena literatura, se imprime y se edita en Alicante; y para más sellarlo con sello alicantino, uno de los nuestros, que sigue siendo poeta en sus creaciones de lapiz y cincel, le añadirá todo lo que le falta de expresión, todo lo que mi pluma no ha sabido describir ni reflejar.

Pero Alicante será siempre una de mis Musas. En el amor que le tengo, confío hallar fuerzas para volver á rendirle culto con otro libro en que vengo soñando hace años y que sería mi obra más querida: la Historia de esa tierra en que nació mi madre, en que mi padre dejó un nombre venerado y en que yo recibí las primeras influencias que habian de formar mi espíritu.

Rafael Altamira y Crevea.

OVIEDO, OCTUBRE DE 1907.



PRIMERA PARTE

DE LA "TERRETA"

NOCHE DE SAN JUAN

La noche había cerrado oscura, pero muy tranquila. Ni una ola en el mar, ni un leve soplo de viento que silbase entre la jarcia de los buques anclados. La línea de faroles de gas que ilumina el muelle, apenas si permitía distinguir las grandes masas de pipas de vino, de lingotes de plomo y vigas de madera, recién desembarcadas ó aguardando embarque. En los vapores veíanse muy escasas luces, y una de ellas, á gran altura, parecía sostenerse en el aire. Los faluchos atracados en la Explanada gemían de vez en cuando al vaivén del agua que oprinía las cuadernas del casco; y en la bocana, las dos farolas de color proyectaban en el mar dos surcos, verde y rojo, temblones é indecisos.

No había igual paz en la ciudad. La fuerza de la tradición, sobreponiéndose á los decretos de policía urbana, encendía por doquier hogueras y lanzaba al viento cohetes y globos. A medida que iba entrando la noche crecían la animación y el ruido. En el Mercado menudeaban las carretillas y los petardos, con gran alboroto de los perros de las carnicerías, que ladraban furiosamente dentro de sus encierros, mientras, en los balcones, encendían los chiquillos luces de bengala, y en las

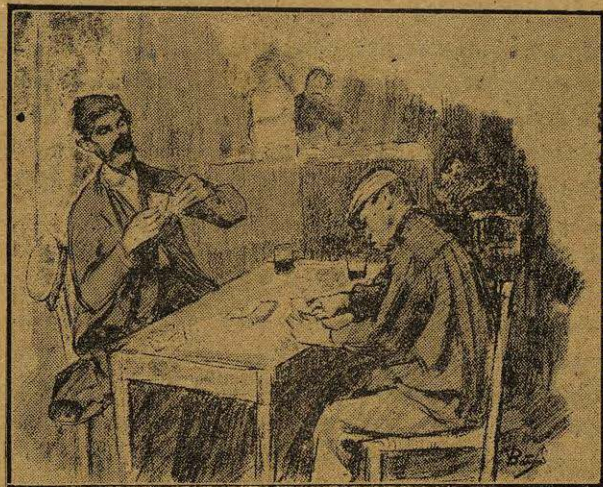
calles cruzábanse los grupos de hombres y mujeres con músicas de guitarras y de bocinas. Un humo pesado y acre iba invadiendo la ciudad, apestando á paja y esparto quemados. La ineludible necesidad de alegría y de esparcimiento, que se impone á los hombres aun en los casos más graves de la vida, desbordábase aquella noche bajo la forma de la fiesta tradicional, cuyas más profundas raíces Dios sabe en qué cosmogonías prehistóricas hallaron jugo y nacimiento.

No hay alicantino de pura raza que prescinda, á poco que se respete, de festejar como es debido la noche de San Juan. Años hace, todos, pueblo y señorío, cumplían la histórica costumbre de comer al aire libre, entre hogueras y cohetes, la rica torta de dorado hojal-dre, rellena de atún ó de merluza, de pimienta y tomate fritos. La burguesía se aparta cada día más de esta fiesta y come la torta en casa, sobre manteles, á la hora de la cena; ó bien—como honesta transacción—en el terrado, bajo el cielo reluciente de estrellas. El pueblo en cambio, acentúa cada año más la fiesta y le añade más bullicio.

No es por tanto maravilla que el tío Ruso y su compadre *Moniato*—zapatero remendón el uno, de lo más lucidito de San Roque, y oficial de carpintero el otro, hijo del Barrio Nuevo, y más amigo de holgar que de darle á la garlopa.—decidiesen contribuir en la medida de sus mayores fuerzas al culto de la velada. El tío Ruso estaba casado con una cigarrera de la Villavieja, mujer de carnes y de mal genio, con quien la paz del hogar era vana quimera; y precisamente aquel día la guerra doméstica había adquirido proporciones escandalosas, hasta el punto de que la *Rusa* pusiera sus robustas manos en la faz de su dueño y señor. Con esto, deshizose la proyectada cena en familia á orillas del mar; y el tío Ruso, altamente ofendido en su honor, se proclamó independiente y acudió á llorar sus penas y

á pedir compañía para consumir la torta, al compadre *Moniato*. El cual, soltero de profesión, dulce y complaciente de carácter y dispuesto á toda fiesta, máxime si en ella se comía y pagaba otro, entregóse en cuerpo y alma al consuelo y distracción de su infortunado amigo.

Juntáronse cuando ya la tarde caía, y lo primero que hicieron fué comprar en el horno de Esperanza la más hermosa «coca» de atún que pudieron hallar. Luego, como todavía fuese pronto para comerla, decidieron matar el tiempo en una de las tabernuchas del callejón de la plaza-mercado, «echando una brisca», remojada



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

con vinillo de la huerta. Entre jugada y jugada el Ruso condoliase de sus desdichas conyugales, y *Moniato* le daba ánimos con repetidas libaciones y este invariable consejo.

—Eso no es nada. A las mujeres hay que dejarlas chillar. Cuando se cansen que empiecen otra vez.

Pero el Ruso, que conocía por larga experiencia la

oratoria contundente de su mitad, replicaba, envalentonado por el vino:

—¡Qué, hombre! Leña, leña, es lo que necesitan.

La brisca y el copeo se prolongaron hasta que ya no hubo luz del día.

El Ruso, que no podía más con su alma ni con su cuerpo, propuso que se retiraran á sus respectivos domicilios ambos compadres; pero *Moniato* que no perdonaba la cena, recordó la sagrada obligación de ir á la punta del muelle y de comer la consabida torta.

—Eso está bien—exclamó el Ruso convencido de pronto, con esa felicidad que á menudo tienen los medio borrachos.

Muy abrazados echaron á andar. Habían empezado ya las hogueras y los cohetes, *Moniato*, que era larguirucho y ligero, intentó saltar como los chicos, por encima de las llamas; pero después de dos ó tres acometidas, desistió, retenido por sabia prudencia, mientras el Ruso, apoyado en un guardacantón decía sin cesar:

—¡Cobarde! ¡Cobarde! Si voy ahí, lo hago mejor que tú.

No se ofendió *Moniato* por eso; antes bien, deseando compensar la fracasada diversión, propuso que compraran cohetes, es decir, que los comprara el Ruso. Volvieron otra vez á meterse en las calles de la ciudad, y antes de entrar en la tienda donde vendían carretillas y petardos, bebieron todavía unas copas en el bodegón del tío Barril. Luego, dieron la vuelta por delante del Ayuntamiento y salieron al muelle, rozando las paredes de la antigua Aduana. En el cruce de la carretera, vieron una pareja de municipales. *Moniato* se paró ante ellos y les echó un largo y enrevesado discurso. Uno de los guardias que era vecino del carpintero, le siguió la broma, mientras el otro, castellano, y hombre de malas pulgas, los envió á paseo amenazando á ambos compadres.

—¡Venga, venga, largo de aquí; si no, os llevo á la prevención!

El natural dulce y prudente de *Moniato* revelóse en aquel instante; pues en vez de protestar, dió todo género de excusas al guardia, explicándole menudamente sus propósitos pacíficos, las desgracias domésticas del Ruso y el interés que él sentía por el buen cumplimiento de la policía urbana; y ya iba á exponer su plan de gobierno, «caso de que fuera alcalde», cuando el Ruso, aburrido, le empujó hacia adelante. Pero todavía, á los pocos pasos, se volvió el carpintero y lanzó su última recomendación á los municipales:

—¡Mucho ojo, que es noche de borrachos!

Entraron en el muelle, oscuro y polvoriento. Como Dios les dió á entender, tropezando repetidas veces, sortearon los grandes montones de cubas, plomo y madera. Cada incidente daba ocasión á nuevos desahogos de la charla de ambos compadres. Mantenían diálogo en voz alta, mascullando palabras y entonando trozos de canciones. Al llegar frente al mareógrafo, se detuvieron, de común acuerdo. Sentáronse encima de unos tablones, cara á la ciudad, y liaron un cigarro.

La animación de las calles parecía haberse difundido al exterior. Empezaban á oirse en la Explanada toques de bocina, rasgueos de guitarra y gran charloteo de gente. Más allá, hacia el Babel, veíanse amenudo rastros luminosos de cohetes, mientras en lo alto de Santa Cruz, disparaban voladores y remontaban globos. De algún barco salían también músicas de acordeón y organillo, y en la proa de un vapor cercano brilló de pronto intensa luz de bengala verde, que iluminó la cubierta y el agua breves momentos.

Los dos compadres fumaban silenciosamente. De pronto *Moniato*, inspirado sin duda por los toques de bocina, que menudeaban en la Explanada, comenzó á imitarlos con tal estruendo, que el perro de un bergan-

tin francés, allí cercano, comenzó á ladrar desaforadamente. El Ruso, sintiéndose animado tambien de furor resonante, acompañó con fuertes taconazos sobre la madera.

Como si le respondiese, estalló á poca distancia nutrido coro de voces. Era un grupo de hombres y mujeres que venia hacia la farola, por encima del murallón de la escollera. Comenzaron á cantar desacordes, con fuerte algarabía; pero muy pronto, el instinto musical de la tierra se impuso, regularizando el coro á dos voces. Un tenor de poderoso aliento elevaba sus notas por encima del conjunto, y el canto se perdía en la llanura del mar, sin ecos. *Moniato* cesó en sus toques de bocina y puso oído.

—Compadre—dijo en seguida, dando un codazo al Ruso, que continuaba taconeando.—¿Oye Vd.? Es Jorge.

El Ruso dió un salto, como si le hubieran herido.

—¿Quien, mi cuñado?... A que viene ahí la arras-trada de mi mujer?

—Puede ser—contestó tranquilamente *Moniato*.

—¿Si? Pues, ahora verás.

Sacó del bolsillo de la chaqueta un cohete y le aplicó el cigarro á la mecha. Luego, en cuanto comenzó á chisporrotear la pólvora, lo arrojó en dirección del grupo. El cohete describió en el aire caprichosas líneas de fuego, y de pronto estalló sobre una pipa, con gran estrépito. Los del grupo continuaron cantando, como si nada hubiesen visto.

Enfadose el Ruso y pidió auxilio á *Moniato*.

—¡Ché, ayúdame! Vamos á encenderlos á cohetazos.

Y dos nuevas carretillas cruzaron el aire, más certeramente dirigidas. Esta vez los del grupo se dieron por advertidos.

—¡Brutos!—chilló el tenor.—Si voy ahí os caliento.

—¿Quién, tú?—vociferó el Ruso.—No, ¡y vienes!

—Ya decia yo que sería algún bruto—dijo una de las mujeres.—¿Como que es mi marido!

Y la *Rusa*, que ella era, comenzó á bajar una de las escalerillas que del piso del muelle van hasta la muralla.

¿Quién sería capaz, ¡oh musa del cantor de Troya! de pintar la terrible escena que allí ocurrió á los pocos momentos? El Ruso, envalentonado en parte, y en parte temeroso de que el enemigo avanzara demasiado, se defendía con repetidos cohetes, mientras su mujer adelantaba con toda tranquilidad, esquivando el fuego y chillando á más y mejor.

—¡Bruto, mala piel, borracho, morral!

Moniato, que conservaba su natural prudencia, escurrió el bulto, metiéndose detrás de unos maderos; y Dios sabe en qué hubiera terminado aquella furiosa lucha conyugal, si los hombres del grupo no hubiesen mediado, sujetando al Ruso y calmando á la cigarrera. Después de mucho discutir, Jorge cogió del brazo á su cuñado y lo llevó consigo.

—Venga, ya hay bastante. Tú te vienes con nosotros á comer la coca. La noche de San Juan no es noche de reñir.

Y aplacadas las iras, siguieron todos hacia la farola. La gente joven reanudó el coro, y el Ruso, al cabo, les acompañó con su voz destemplada, de bajo profundo.

Cuando llegaron á la punta del muelle, hallaron ya ocupado parte del banco por gente que esperaba la salida de la luna para comenzar la cena... Algunos, sentados en el suelo, desocupaban cestas y contaban chascarrillos. Al otro lado de la bocana, en la farola del contramuelle, sonaban también voces y risas; pero no se veían, en la oscuridad de la noche, más que bultos negros, y la línea roja de la farola, que parecia hundirse en las profundidades del mar.

El agua, iluminada por misteriosa luz suave y blanquecina, ondulaba con gran pausa, moviéndose hacia el interior del puerto; y en el fondo de éste, los mecheros de gas del paseo de los Mártires dejaban adivinar la doble calle de palmeras que lo forma. Todo lo demás estaba oscuro; y sobre la negrura de la noche, brillaban todavía cohetes y bengalas, cada vez más raros.

Mientras las mujeres preparaban la mesa sobre el banco, los hombres volvieron á subir á la muralla para hacer tiempo.

Soplaba allí á intervalos un vientecillo Levante de dulce frescura, impregnado de sal. Dominábase la población, la bahía toda; y por el boquete que media entre el castillo y los cerros de la Cantera y San Julián, veíase confusamente la masa más oscura de Aitana.

Mirando fijamente, el tenor llegó á distinguir una luz que brillaba sobre el monte.

—¡Mirad, mirad!—exclamó.—Una hoguera. También allí le hacen fiesta á San Juan.

—Eso ya es sabido—apuntó sentenciosamente otro del grupo, pescador de oficio.—A San Juan todos le hacen caso.

La luz de la montaña, ahora que todos la veían, parecía crecer en llamaradas súbitas que se agigantaban. De pronto, á su izquierda, brilló otra, pálida y vacilante, como una estrella lejana.

Empezaron las bromas de costumbre.

—Eso debe ser en una masía de la sierra.

—Justitamente. Desde aquí se ve á la casera que lleva refajo encarnado.

—Tienes razón. Yo veo también á un chiquillo con rizos.

—Pues yo—dijo un tercero—estoy mirando como se le para una mosca en la nariz al cura de Busot.

Rieron todos francamente, ganosos de aumentar su alegría.

—¿Y tú que dices?—preguntó Jorge á su cuñado.

El Ruso no decía nada. Estaba ocupadísimo buscando algo en sus bolsillos y en el pecho, por bajo de la camisa.

—¿Qué se te ha perdido?—volvió á preguntar Jorge, reparando en aquella faena.

—¡La «coca,» pachis, la coca!» ¿Dónde la habré puesto?

Y seguía buscando como si la «coca» fuese un alfiler que en cualquier rincón se esconde. De pronto, dándose un golpe en la cabeza, chilló como si se quejara.

—¡Pachis, pachis! Me la he dejado allá abajo. *Moniato* la tiene.

—¡Pues échale un galgo!—dijo el pescador.—Ni las raspas quedan á estas horas.

El Ruso, sin darse por convencido, quiso echar á correr en busca de la torta; pero los demás no le dejaron, temerosos de que se estrellara contra una pipa, y le ofrecieron mayor ración si se quedaba con ellos.

—¿Traes bota?—preguntó al cabo el Ruso.

—Bota hay, y bien llena.

—Pues entonces me quedo. Buen provecho le haga á *Moniato*.

Y como para sellar su resolución, sacó un cohete, el único que le quedaba, y lo arrojó encendido al mar. La línea de fuego iluminó un momento el agua y se hundió al punto, con chisporroteo fuerte. A la vez sonaron horas en el reloj del Ayuntamiento, y del lado de Tabarca parecieron responder con campanadas de sordo timbre.

Por Levante, muy cerca del cabo de la Huerta, apuntaba la luna. Asomó primero toda encendida, tiñendo de rojo aquella parte del horizonte. Luego, conforme iba subiendo, perdía color y adquiría luz, y al fin, alumbró el mar entero.

Las mujeres llamaban desde la farola. Bajaron todos y comenzó la cena; cena solemne en medio de su sensualismo, consagración de una creencia en que miles de generaciones han ido depositando la fuerza indestructible de su pensamiento y de su vida entera.

Del lado de la ciudad, como si la salida de la luna hubiese reanimado el bullicio, encendiéronse nuevas hogueras y sonaron otra vez las roncadas bocinas, que tocaban á paz, á diversión, á fiesta alegre, saludando al estío ardoroso en que, como dice el refrán de la tierra, «todo el mundo vive».



«AFANES» UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

A los que se guien tan sólo por los nombres que llevan las cosas, extrañará sin duda la afirmación de que en nada se parecen la Huerta valenciana y la lucentina. La primera es rigurosamente huerta... de hortalizas; la segunda es un inmenso bosque de almendros, olivos, higueras y algarrobos, cortado de vez en cuando por bancales de viña, y en que la mies se siembra, por lo general, á la sombra de los árboles. Añádanse á estas diferencias la del agua, abundante en la llanura valentina, escasa en la otra (hasta el punto de faltar, á menudo, para beber) y fácilmente se deducirá que en nada se parecen las dos huertas. Pues de igual modo puede decirse que en nada se parecen los huertanos de una y otra región. El lucentino es un ser muy complejo, en quien suelen juntarse aptitudes y funciones muy variadas, mitad labrador y mitad marinero las más de las veces, dotado de asombrosa movilidad que tan pronto lo tiene pegado á su terruño como sudando la gota gorda en los campos argelinos ó en las mesetas castellanas.

No quiere esto decir que falten ejemplares caracterizados de una especie determinada, bien definida y sin mezcla. El tipo genuino del labrador enamorado de la

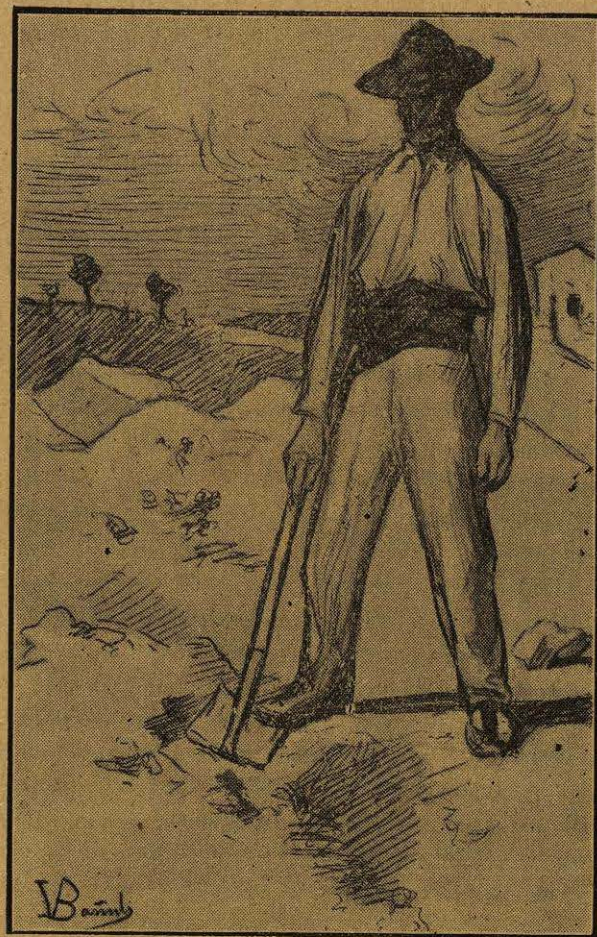
tierra, codicioso de trabajo y ganancia, idólatra del riego y de la propiedad, suele presentarse con gran pureza á los ojos del observador; y precisamente de uno de ellos quisiera hoy hablarte, lector querido, aunque sólo sea para que, comparándolo con otros que tú conoces, admires la variedad riquísima de ejemplares humanos que cria nuestra tierra.

Comenzaré diciendo que el tío *Afanés*—jamás se puso apodo tan cierto—era un hombrecillo de menos que mediana estatura, nervioso, seco y duro como un roble, chupado de cara y tan tostado de piel, que muy á duras penas se le podía clasificar de primera intención como perteneciente á la raza blanca.

La magrura excesiva y el color obscurísimo del tío *Afanés*, atribuíanlos por lo general sus convecinos, al trabajo incansable en que, desde mozo, consumió aquél sus fuerzas, y á los muchos soles que le habian caído sobre el cuerpo en pleno campo, año tras año; pero no faltaban maliciosos que achacaban buena parte de la culpa á la inverosímil sobriedad con que se alimentaba el laborioso *Afanés*, sobriedad que no se explicaba precisamente por la falta de medios. Pudiera suceder que en este punto la malicia abultase mucho la realidad de las cosas, por ser la sobriedad virtud—ó por lo menos, hábito—muy frecuente y aún característica en los huertanos, sobre todo si se les compara con los labradores de otras tierras; mas como también es posible que acertara, dejaremos para más adelante la investigación concienzuda de este punto, sin decidirlo por ahora.

Lo que ha de darse por enteramente averiguado es que el tío *Afanés* comenzó á trabajar desde niño; y como en aquel entonces no estaba la Huerta tan roturada y plantada como hoy día, el instinto profesional que ya se revelaba en el muchacho lo llevó á buscar en otras regiones pasto á su inquieta y celosa actividad.

Educóse, pues, el tío *Afanés* en las labores campestres bajo cielos distintos de los de su tierra. Sirviendo á un acaudalado propietario de viñas, estuvo en Jerez,



ejercitándose en el cultivo de la rica uva que dá luego el oloroso y reconfortante zumo celebrado del mundo entero. Fueron estos los mejores y más regalados años